

TRADUCCIÓN ENTREVISTA A CLAUDIO MAGRIS

CW:

EL HOMBRE Y EL MAR
Charles Baudelaire

¡Hombre libre, siempre amarás el mar!
El mar es tu espejo; tú contemplas tu alma
En el desenvolverse infinito de su ola
Y tu espíritu no es un abismo menos amargo

Tú gozas sumergiéndote en el seno de tu imagen
Tú abrazas sus ojos y sus brazos, y tu corazón
Se distrae a veces de su propio murmullo
En el ruido de este lamento indomable y salvaje.

Son, los dos, tenebrosos y discretos
Hombre, nadie a sondeado tus abismo hasta el fondo
Oh, mar, nadie conoce tus íntimas riquezas
¡Qué celosos ambos en guardar sus secretos!

Y sin embargo, he ahí los innumerables siglos
Combatiendo los dos sin piedad ni remordimientos,
¡Tanto aman ambos la carnada y la muerte
Oh, luchadores eternos, oh, hermanos implacables!

CW:

Le agradezco mucho Claudio, por estar aquí, en Chile y en este programa.

CM:

Gracias, estoy muy feliz de estar aquí.

Me siento como en casa y también muy conmovido por el hecho de haber empezado la conversación con esta maravillosa poesía de Baudelaire, pues creo que Baudelaire ha sido el Dante de la modernidad.

Por lo menos, el Infierno y el Purgatorio de la modernidad los ha escrito él. Quizás el Paraíso no, porque a lo mejor es imposible escribirlo.

CW:

¿Es imposible escribir el paraíso?

CM:

¿En la modernidad?

Si supiera verdaderamente contestar eso, creo que habría respondido tantas cosas.

Es una pregunta central; y en esos libros míos que has recordado recién, en el fondo se trata estos problemas: si es posible o no y, en qué medida, contar, mostrar el mundo, la historia del hombre con el mundo, y mostrando no sólo la exigencia de la

totalidad, de sentirse como en casa en la vida, de haber encontrado y encontrar continuamente el significado, sino que también mostrar ese regreso a casa. Y esto no lo sé, honestamente...

Estoy bien convencido de que cualquier regreso a casa, cualquier odisea o paraíso, cualquier intento o resultado de poner en armonía el mundo, su diversidad, sus contrastes y conflictos – porque en el Paraíso de Dante, está todo: las pasiones vividas en la tierra, lo que se ha amado, lo que se ha combatido, las cosas en las que se ha creído—. Por esto, creo que el “Paraíso” moderno quizás sea imposible o muy difícil de escribir.

Siempre me han obsesionado los temas sobre el mar, y uno de ellos es el tema de las dos Odiseas: Primero, la Odisea clásica, tradicional, en la que Ulises, el hombre, sale de casa, atraviesa el mundo, encuentras cosas extrañas, inauditas, monstruosas; también se pierde por el camino, pero de alguna manera vuelve a casa, como Ulises de Homero;

Y luego, como la última obra, en el fondo conservadora, tradicional, de nuestra civilización, occidental –en el “Ulises” de Joyce– justamente el Ulises–Leopold Blum, retorna a casa, una casa que ha sido desacralizada, arruinada, pero vuelve y corrobora los afectos fundamentales, como el amor paternal, el amor conyugal que pasa a través de todas las dificultades y todas las desacralizaciones y se confirma; o si en cambio, el Ulises contemporáneo está destinado a ser como los héroes de Musil, hacia una mala infinitud donde no hay regreso...

Hay un libro mío sobre esto que se llama “Ítaca y más allá”, donde hay dos posibilidades: Ítaca como punto de llegada, o bien cada vez más lejana.

Es ahí donde se juega nuestra vida. Entonces, también aquí, si la vida es un viaje y la Odisea es la historia del viaje de la vida, este viaje sería impensable sin el mar. El mar es el telón de fondo de todo: del amor, del significado, del naufragio, de la muerte...

CW:

¿Qué sientes cuando escuchas este poema de Baudelaire? Esta idea de que el hombre libre siempre ha elegido el mar. Que el mar es como el espejo del espíritu, del alma del hombre.

CM:

Sí, pero antes me gustaría volver un poco sobre la primera pregunta. No es una casualidad que en un escrito mío, como “La Exposición” –quizás el libro más triste, más trágico, en el que todo fracasa, la vida está hecha pedazos, como si estuviéramos a orillas del mar recogiendo restos de un naufragio par rearmarlos– justamente ahí recordé y cité esta poesía de Baudelaire sobre el mar y el hombre libre. Yo naturalmente escribí este texto en italiano, y elegí a propósito una vieja y fea traducción, justamente para indicar que quizás no es ya más posible tener esta relación directa con la belleza absoluta como la de Baudelaire –y Baudelaire ya lo sabía–, y que nosotros sólo podemos acercarnos a través de una mala copia, pero esta belleza es tan grande que incluso a través de las copias más malas y las traducciones retóricas, detrás se encuentra esta grandeza.

¿Qué siento? Al menos para mí, en lo esencial... que el mar tiene desafío, el mar de las grandísimas novelas de Joseph Conrad, el mar que se enfrenta en posición erguida, digamos como una prueba.

Y luego, está el mar que yo siento más como gran unidad de la vida, ese mar que se vive en posición horizontal, quizás la más digna del hombre –porque no se cansa jamás de ver, de escuchar– en cuyos brazos se encuentra el abandono al mundo, a la vida.

Ciertamente este mar sereno también esconde muchísimas tragedias, naufragios, cosas terribles, pero a pesar de todo, aunque sea “el gran sudario del mundo” como dice en las últimas líneas de “Moby Dick”, da la sensación de que sin embargo, podemos decir sí a la vida y a su fluir.

Además, siento fuertemente que el mar es un poco como un bisabuelo que nos ha tenido en sus rodillas: venimos del mar como especie ¿no? Estamos compuestos de agua. Como individuos aprendemos antes a nadar que a caminar, en las primeras semanas de nuestra vida intrauterina.

Aún en los momentos más duros de mi vida, debo decir que el mar me ha dado siempre este sentido –digamos– de poder convivir mejor con las tinieblas. El mar no se puede separar del Eros, es por excelencia, el paisaje del amor, de esta gran unidad.

Aquí, en esa bellísima poesía de Baudelaire, está este tremendo vértigo de la libertad. Este abismo en el cual, justamente la libertad que debe ir hacia el mar abierto se pierde, naufraga, –hay algo como en todas “Las flores del mal”, es todavía un mar infernal–, pero que tiene toda la grandeza y el significado de la libertad –y ésta es la grandeza de Baudelaire– esta libertad que es vivida también como un pecado, como un mal, como un pecado original. Pero no porque nosotros seamos responsables – Baudelaire tiene un sentido muy fuerte del pecado original, no en el sentido estrechamente ortodoxo del término–, y es que se nace en una vida que de cierto modo ya está contaminada por algo, –ahora no por la manzana de Adán y Eva– pero ciertamente contaminada por algo... y por otra parte, la libertad que trae consigo esta experiencia del mal. Ésta es su grandeza.

Después de él, quizás ninguno ha logrado decirlo de esta manera.

CW:

El mar es el abismo, l'abime...

CM:

L'abime, cierto.

CW:

¿Podemos decir que es una imagen, el mar, l'abime de la realidad humana, que vivimos frente al abismo y sobre este abismo? Que la cultura humana, la civilización, la literatura, el lenguaje, son formas de domesticar este misterio que es una parte terrible...

CM:

Es cierto, por eso decía antes que me inquieta y me fascina más el mar en apariencia sereno que el mar tempestuoso. Por eso lo que me fascina del mar es justamente esta terrible transparencia. Hay un dicho de Nietzsche que le gustaba mucho a un gran poeta italiano del siglo XX, Umberto Saba...

Saba decía: “Hemos sido profundos, volvamos a ser claros” o “Seamos claros”...

No recuerdo bien.

Y esta claridad, –vuelve en Saba la imagen del mar– es justamente la transparencia. Una terrible transparencia, porque ver lo que hay debajo es mucho peor que ignorarlo, que no imaginar quizás cuáles monstruos se ven: los desechos, los desastres. Ver, yo creo, la limpidez, la transparencia –en esto Saba ha sido muy grande y Nietzsche igualmente–, en el plano del pensamiento... el mar es también esto,... yo lo siento como un abismo, pero como un abismo terriblemente claro.

CW:

Tu último libro...

CM:

“A ciegas”

CW:

Es sobre el mar...

CM:

Mucho, tanto mar...

CW:

Mucho mar, océano, mar tempestuoso...

CM:

Océano, Mar Adriático...

CW:

¿Puedes hablar un poco de este libro?

CM:

Este libro...

CW:

Puedo tutearte ¿no es cierto?

CM:

Por supuesto, yo también llegué al tú instintivamente...

Podría contar como nació, porque cada libro, por más modesto que sea, tiene una larga historia. “Las montañas –como se sabe– paren ratoncitos”, dice una famosa historia...

Como estructura, el libro es la historia de un personaje. Todo el libro es un vertiginoso y delirante monólogo en el que este personaje habla, no se sabe bien con quién: probablemente con un médico de laguna institución psiquiátrica, pero a lo mejor habla consigo mismo. Se graba y se borra en una grabadora. Chatea en la computadora, pero quizás también se responde. Y recorre su vida. Y en este hablar resuenan tantas palabras de otros: de policías, de torturadores, de medio mundo que lo ha perseguido; porque es un hombre que ha pasado por el calvario de muchos horrores del siglo XX,

estuvo en los campos nazis, ha pasado por los Gulags y se identifica también con otros personajes cada tanto...

Estas numerosas voces son de otros y son tuyas.

Y había algo que para mí era importante, a pesar de que cuando se escribe uno no sabe..., uno no tiene un mensaje para transmitir, escribe la historia que quiere contar y luego son los lectores los que encuentran –si es que encuentran algo– lo que creen...

Me interesaba... todo este delirio donde el mar es un gran componente, tanto del delirio como de momentos de gran paz, de abandono, de quietud, de claridad de amor, de Eros...

Estas numerosas voces que se entrelazan con la suya son porque este personaje ha tenido experiencias excesivas para un solo hombre. Nosotros no somos Atlas que sostiene al mundo sobre sus hombros. A veces –tanto en el mal como en el bien– la vida nos cae encima, nos revienta.

A veces no resistimos un gran amor, nos cae encima como algo demasiado pesado.

Después, cuando se trata de tragedias, de sueños políticos, de grandes ideales a los cuales se ha sido fiel, pero ideales que nos han traicionado, y que también nosotros hemos traicionado... Es decir, todo el drama confluye en este libro, entonces, éste es también un hombre inestable, síquicamente, un yo que cada tanto se pierde, se deshace, se rompe como tantos personajes de la literatura del siglo XX que nos muestran este “yo escindido”, que se da cuenta de ser una multiplicidad de tantos pedazos, algunos de los cuales corren el riesgo de escaparse solos.

Pero esa multiplicidad es –yo siento al menos– también como un coro. Estas múltiples voces de otros, son la suya, porque yo creo que cada uno de nosotros, en este sentido es siempre un coro: lo que nos sucede de significativo, no el pequeño detalle privado – como perder el boleto de avión o si me pasan un parte– sino creer en algo, enamorarse, enfermarse, envejecer, morir, es siempre algo que tiene que ver con todos y que cada uno de nosotros vive a su manera.

De hecho, ¿por qué cuando se hace un monumento al soldado, se hace al soldado desconocido?

No se puede decir este es Giuseppe Rossi; porque solamente no teniendo nombre, siendo ninguno, se puede ser tantos. No obstante sepamos que ahí está sepultado un joven que se enamoró de esa niña, que nació en esa casa, que jugó con ese perro al que quería... un individuo único e irreplicable, pero que está ahí por todos, en este sentido.

Volviendo a “A ciegas”... este libro es muy complejo porque atraviesa varios siglos, porque es la historia de un personaje que se desdobra en dos; uno de ellos es este personaje... la historia terrible de éste que me obsesionaba hacía tantos años...

El hilo conductor de mi libro es un hecho largamente ignorado en Italia...

Después de la Segunda Guerra Mundial, casi trescientos mil italianos escaparon de Istria y Fiume... territorios que pasaron a manos de Yugoslavia. Después de la violencia fascista en contra de los eslavos, ahora era el momento de la venganza y de la represalia por parte de los vencedores...

Dos mil obreros italianos de Monfalcone, militantes comunistas que habían estado en las prisiones fascistas, en los lager Nazis, especialmente Dachau, van voluntariamente a la entonces Yugoslavia para construir el comunismo, cuando Tito rompe con Stalin – gesto de una increíble importancia política–. Ellos naturalmente, se transforman en peligrosos posibles enemigos, y Tito, para ellos, se convierte en un traidor, un espía,

un vendido al Occidente. Estos dos mil obreros son deportados a dos islas muy pequeñas y bellas del Alto Adriático –que yo quiero tanto porque ése es mi mar Véneto, eslavo– donde son sometidos a todo tipo de vejámenes y torturas, que resisten en nombre de Stalin... el que –si hubiera ganado– habría transformado el mundo entero en una prisión para hombres libres como ellos.

Ignorados por todos, porque a Italia le importaban un bledo. Yugoslavia callaba esta página infame de su historia. La Unión Soviética calumniaba a la Yugoslavia de Tito en otros planos, pero callaba en relación a los Gulags, porque tenía más y peores. A los ingleses y a los estadounidenses también les importaban un bledo dos mil torturados; les interesaba su peón en la lucha por el poder en el mundo. Y cuando, años después, éstos vuelven a Italia, reciben uno de los más terribles golpes... es decir... la realidad, la historia es “un director de cine” terrible, mucho más creativo que un escritor...

Me parece que Melville decía: “la verdad es más extraña que la ficción”. Entonces algunos encuentran en Molfancone que sus casas habían sido dadas a prófugos italianos escapados de Istria. Este exilio cruzado, estos exiliados vagabundos perdedores que, como pobres perros se quitan mutuamente... la vida.

Son vejados por la policía italiana en la medida que son considerados peligrosos comunistas que llegan del Este, y también son obstaculizados por el Partido Comunista Italiano, ya que son testigos incómodos de la política estaliniana que el Partido quiere hacer que se olvide.

Esta es una historia que siempre me ha obsesionado.

Yo hablo en “Otro mar” que es un libro que escribí; en “Microcosmos”... imagínate, es un libro que empecé a escribir el 88 y después se entrelaza con tantas otras historias.

Hay un segundo personaje, un aventurero del siglo XVIII, con el cual mi protagonista se identifica... este hombre ha recorrido todos los mares, de Islandia, de Australia, de Tasmania... encontrando análogos destinos... destinos de campos de concentración, de cárceles espantosas con las que nació Australia. Imagínate que este hombre – quizás por eso escribí esta historia– que había fundado Overtown a principios del siglo XIX, y que 23 años después termina preso, condenado a trabajos forzados en la misma Overtown. Como si Rómulo hubiera terminado como esclavo en Roma...

CW:

Tú has dicho que la identidad se construye en la relación con los otros. Nosotros somos en relación a los otros. Esta famosa frase de Rimbaud: “Je est un autre”... entonces Rimbaud tenía razón, ha anticipado esta idea de una identidad más abierta o... cada vez más abierta que antes.

CM:

Yo creo que Rimbaud con esta gran frase se refiere a otro aspecto de este problema de la identidad; es decir, descubrir que el yo es siempre otro respecto de sí mismo; que no es jamás, o que no es totalmente jamás ese “yo” del cual nosotros estamos concientes.

Yo en este momento estoy hablando de mis libros en la televisión de Santiago de Chile... cierto, este soy yo, pero naturalmente yo soy otro, aquel que cada tanto nos asombra con tantas cosas... nosotros nos sentimos verdaderamente otros.

CW:

Es como Borges con su otro... ¿no? Borges y otro. Borges y yo.

CM:

Sin duda, ese fragmento admirable... sólo que Borges, en ese fragmento maravilloso escinde el “yo personal” del “yo poético” ¿no? Él dice: “Leo cada tanto... de Borges me llegan noticias en los periódicos”... porque lee que “Borges poeta” ha obtenido un premio y él en su casa, el “hombre” lee. Creo que Rimbaud es mucho más violento, descubre verdaderamente que nosotros somos otro, que tenemos un rostro que no conocemos; éste es un encuentro con una esfinge que somos nosotros.

Yo en realidad quería decir que al lado de esta verdad dramática, inquietante, algunas veces también hay una verdad salvadora, porque no necesariamente este otro es peor de lo que nosotros somos... puede ser también...

Antes yo mencioné que nosotros tenemos demonios, pero que quizás nosotros tengamos algo –no digo ángeles, porque es una palabra que no me gusta– pero que tengamos algo dentro de nosotros que de hecho, sale hacia afuera en ciertos momentos, independiente de nuestra voluntad.

En todas las grandes religiones –independiente de lo que cada uno piensa– ¿qué sucede con la conversión?

Pensemos en los Evangelios: Un instante antes de la conversión el individuo no sabe nada... Hay un pescador, y eso otro llega y le dice: “Ven, sígueme”; y el otro “tac” y se levanta.

En ese momento descubre el “otro sí mismo”, que es otro mejor...

Yo quería referirme a otro aspecto, decía que nosotros somos esencialmente, el modo en el cual amamos, vivimos, rechazamos a los otros.

Tú citaste antes a Borges... En mi libro “Microcosmos”, yo elegí como símbolo una parábola muy breve de Borges, en la cual habla de un pintor que pinta paisajes: montes, ríos, lagos y finalmente se da cuenta de haber pintado su autorretrato, pero no porque haya deformado la realidad, sino porque su verdadero ser, es la manera en la cual él vive en el mundo. Si tú me preguntaras ahora ¿quién eres?

CW:

La vieja pregunta...

CM:

Sí, la vieja pregunta. Sí, yo para responder de manera adecuada, además de decir que nací... mi signo... más o menos lo que está escrito en el pasaporte, podría hacerte entender... sería ridículo que yo te dijera: Yo creo esto, pienso esto...

Te hablaría de otros... te podría hablar de mis padres, de mis amigos, de mis amigas, de las personas que he amado, de mis hijos, de los paisajes que forman parte de mí vida, de los libros que he leído... entonces, tú sabrías de mi capacidad o incapacidad de amar, de mis miedos, mis manías, los momentos de gracia de mi inteligencia y mis momentos de estupidez y sería todo esto lo que te daría mi retrato o si no sería ridículo, ¿no?.

Como si tú ahora me preguntaras ¿qué piensa sobre el amor?

Yo te diría: “Nada... Te podría contar historias...–y es por esto que se escribe– y a través de la manera de contarte historias de personas cuyas vidas se han cruzado con

la mía, podrías entender algo de mí. En este sentido creo que nosotros somos mucho con los otros. EL pintor, no su cara, no es su nariz... o no si tenía barba como tú o no la tenía como yo, sino que es el modo en cómo miraba y veía y amaba aquellos árboles... o aquello que miraba.

CW:

Este Libro, “*El Danubio*”, es un viaje para conocer una región, para conocer la historia de un río, la cultura y los personajes que vivían en esos pueblos, pero es también un viaje interior. ¿Se puede afirmar que tú, de alguna manera, has tratado de responder a la vieja pregunta que viene desde el oráculo de Delfos que tiene que ver con conocerse a sí mismo a través de este viaje exterior? Hablemos un poco de “*El Danubio*”.

CM:

Por supuesto y estoy muy contento con lo que dices, porque espero que tú tengas razón... Un libro nace siempre por extrañas razones, por un interés por cierto tema, un problema, una historia...

Luego hay alguna ocasión suelta, una causa primera... una causa próxima, como decían los escolásticos, que lo empuja, que lo pare, lo trae a la superficie.

Bien, “*El Danubio*” no habría nacido –cuando ya estaba por tener la idea de escribirlo–, si no hubiera estudiado durante años parte de ese mundo: el mundo austríaco, de los Habsburgo, si no me hubiera interesado por tantos de estos problemas, de la identidad múltiple, de la “Mitteleuropa”...Y no habría nacido sin un muy especial día de septiembre del 82, en el que íbamos de viaje a Eslovaquia, es más en aquella que se llamaba “la otra” Europa, y yo creo que mucho de lo que he escrito ha nacido también del deseo inconsciente de quitar este adjetivo “otra”...

CW:

Y no era otra, era el centro de Europa, era el corazón profundo de Europa.

CM:

Estaba agravado por su pertenencia a los regímenes comunistas o digamos filsoviéticos y luego el Este tiene siempre algo, cada país tiene su Este... al menos en Europa, como para mirarla como algo ambiguo, más bárbaro, más... en resumen para temer...

Era un día maravilloso y estábamos ahí con este grupo de amigos que veíamos fluir el río que resplandecía, no se distinguía bien el resplandor de sus aguas del de las hojas en los llamados *Donau-au-en* o “prados del Danubio”. Estábamos en esos raros momentos en los cuales uno se siente en armonía con el fluir de la vida, también hacia su desembocadura, algún día llegaremos allá...

CW:

¿Es el río de Heráclito *El Danubio*?

CM:

¿Cómo?

CW:

¿Es el río de Heráclito *El Danubio* o no es el río de Heráclito?

CM:

Un momento, te digo de inmediato...

De improvviso vimos una flecha y en ella escrito: "Museo del Danubio". Esta palabra, museo, era tan extraña, de improvviso en esta experiencia absolutamente sensible, percepción fugitiva, la luz que en el arco de pocos minutos cambia una jornada... septiembre... y todo esto en un objeto museo... entonces empezamos a decir: "Ese es EL Danubio porque está escrito en el cartel; a lo mejor somos parte de un museo sin saberlo, como si dos enamorados sentados en un banco descubrieran que han sido puestos por un desconocido director de cine desconocido en una muestra de cine sobre... no sé... sobre el primer amor.

Entonces la idea: "¿Qué pasaría si siguiésemos caminando hasta el Mar Negro?"

Y así nacieron estos años de viajar, escribir, borrar, volver a viajar, etc.

Entonces ¿por qué he dicho esto?, porque ciertamente El Danubio tiene un sentido cultural y naturalmente no puedo escribir de otro río, del Río de La Plata o del Vístula, porque me falta la familiaridad con esa cultura, con ese mundo; como tampoco puedo escribir un cuento en Santiago, ambientado en Santiago porque me falta la familiaridad con este mundo, no...

Pero evidentemente es una metáfora, porque el viaje en la existencia, el viaje en búsqueda de algún sentido de la existencia, que luego se encuentra... es como si yo pasara delante de la realidad...

Y esta realidad tan variada, no sólo tantos países, culturas, e identidades diversas, sino que también tantos sistemas políticos diferentes, idiomas, y tantos tiempos diversos..., porque viajar... viajar en el espacio... antes hablábamos de Baudelaire, si habláramos de Baudelaire en París, estaría igualmente presente como ahora en nuestra mente... entonces, como si todo esto fuese su espejo en la búsqueda del conocimiento de sí mismo.

Naturalmente, cuando yo comencé a escribir "*El Danubio*", me demoré cuatro años, con esta continua mudanza entre la experiencia y la escritura.

No tenía idea sobre qué iba a escribir, y esto me ocurre siempre, incluso en muchos artículos.

Uno va a cierta parte y después ve qué sucede; también el recorrido, es verdad que se va acá y no allá, pero no sabemos qué doblaremos hacia la derecha en la segunda o la tercera cuadra, o bien si habrá algo, que se yo... una sonrisa en la cara de alguna persona, o un gato que te hará doblar hacia la izquierda y entonces ¿qué pasa, no?

Ni siquiera sabía si tenía que nacer un libro de reportajes, un libro de actualidad cultural, o, como sucedió, en cambio, un viaje sentimental como grandes ejemplos, pero que valen también para los pequeños, como antes hablábamos, en Baudelaire y también en Stern, otro titán, que nos ayuda a entender quiénes somos...

Entonces, una novela sumergida, donde en la medida que más se avanza, la visión de la vida se vuelve más compleja, pero también confusa, porque al principio este viajero cree, se hace ilusiones –intelectual germanista como es– de poder entender la realidad, de ponerla en orden con todas las fichas que le llenan la cabeza y los bolsillos. Es un intelectual maniaco. Y luego poco a poco, entra en una realidad que conoce cada vez menos... en la cual sus coordenadas, sus categorías, sus parámetros se

pierden hasta que al final el “delta” es todo un zumbido en el que no se entiende bien la diferencia entre el hablar de las personas o el rumor de las aguas o el chillido de los pájaros; sin duda en este sentido creo que nació del hecho socrático, el oráculo de Delfos: “Conócete a ti mismo”...después tendríamos que preguntar quién conoce a quién, justamente yo u otro...

Sobre la pregunta si el río es el de Heráclito: sí y no...

CW:

Porque hay una reflexión profunda sobre el tiempo aquí.

CM:

Sí, es verdad, porque el río por definición es la dimensión del tiempo.

El río es como si arrastrara consigo sus orillas ¿no?

Por lo tanto, es verdad... pero también tengo un fuerte sentido del presente de las cosas; entonces de alguna manera aquel río es continuamente diverso, así como es diverso este segundo en el que te estoy diciendo esta palabra... ni siquiera esta vocal, esta vocal de la sílaba siguiente...

Pero hay un presente de las cosas. Recuerdo que el poeta Biagio Marin, un fraterno, un paterno amigo, que murió muy viejo, hace muchos años, decía: “El pasado no existe”...

Quería decir que no existen las cosas meramente funcionales, la guía telefónica del año pasado que efectivamente ya no existe más, o bien, afectos, valores, que son...como el tronco de un árbol ¿no? Tú cortas un árbol y ves tantos anillos y esos anillos son los años y los años están ahí, los mil o novecientos veintidós, los tocas, por lo tanto está, si es que se puede poner el dedo ahí... Así nosotros decíamos Baudelaire es un poeta, no que era un poeta...

CW:

Es contemporáneo

CM:

Es, es, simplemente, ... si ha muerto es un problema suyo, no nos interesa... es, forma parte, ... yo creo que este río que continuamente fluye es de alguna manera una presencia, un permanecer... naturalmente nosotros lo podemos experimentar solamente es nuestro fluir...

Ese gran místico del siglo XVIII Silesius...

CW:

Ángelus Silesius, muy bueno.

CM:

Sí, que decía, hablando de Dios, “Yo soy el río que corre hacia el mar de su divinidad, pero ya soy tu mar”... Creo que esto quería expresar aquello. Nuestra existencia es naturalmente aceptar, en plenitud, ser ese río, por lo tanto aceptar... es decir, aceptar ser relativo.

De hecho tantas cosas que he escrito también nacieron del horror por quien pretende realizar lo eterno, lo absoluto en nuestra dimensión que es relativa, pero yo creo que existe este presente.

CW:

Está el pensamiento de Borges: “el tiempo es un río que corre y yo soy ese río”.

CM:

“El tiempo es un tigre que me devora y soy yo ese tigre”, pero después termina... ¿te acuerdas cómo termina? Estas tres líneas, él dice “el tiempo es un río...”

CW:

... es un fuego.

CM:

“es un fuego que me devora y después”...

Espera... ¡cómo dice! “el mundo y yo desgraciadamente soy Borges”.

CW:

¡Qué buena... ! y luego está el viejo Manríquez, el gran poeta del siglo de Oro que dice: “Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir”.

CM:

Sí, conozco a Manríquez.

CW:

Tú has hablado de la temporalidad, de la contemporaneidad en otro libro que para mí ha sido un libro muy importante, para entender la relación entre la palabra, el lenguaje y la realidad.

CM:

Sí...

CW:

“EL anillo de Clarisse, tradición y nihilismo en la literatura moderna”. Tú dices que los libros que se escriben hoy en día,... no... los libros que debemos leer hoy en día no son los libros que se escriben hoy en día.

CM:

No, no, no es exactamente así.

CW:

¿Cuál es la idea?

CM:

Entendámonos... hay frases que también en un contexto que no es de ficción, como el ensayo, naturalmente deben insertarse en un contexto general y no tomarlas al pie de la letra.

Yo creo, si mal no recuerdo, han pasado tantos años, y es verdad que uno se acuerda mucho más de los libros de los demás, de hecho de Borges me acuerdo...

Creo que quería decir que a *grosso modo*, y de esto estoy bastante convencido, que por lo menos en la cultura europea occidental, en los últimos decenios, sobre todo, en los años del 60 al 80, los libros fundamentales que han determinado nuestro modo de entender la vida no fueron tanto libros escritos – algunos muy interesantes, muy bellos – sino que los libros que han sido leídos y re leídos y que han marcado nuestro modo de entender la vida. Aquí pongo a todos naturalmente, los grandes y también los pequeños, también nosotros, no es que me saco... imagínate ha estado aquí en este programa decías antes, mi amigo Vattimo hace un año, no dos, no sé cuántos...

Releer a Nietzsche ha significado mucho más, no digo sólo su lectura, también otras lecturas, diversas y contrapuestas; la relectura de Nietzsche ha sido mucho más importante que tantos buenos libros de filosofía propiamente, yo creo que también literariamente, haber releído autores como Kafka, como Benjamín y podríamos citar tantos otros ejemplos.

No estoy hablando del continente literario latinoamericano... que es diverso porque ha tenido claramente otros tiempos de desarrollo, pero creo ciertamente en esto: yo creo que han sido fundamentales los libros que se han releído y la lectura que nos ha hecho entender...

Además, leer un libro no es menos importante que escribirlo... también aquí cito a Borges: "*Otros presumen de los libros que han escrito, mi gloria son los libros que he leído*"...y esto en el fondo... yo no sé cómo se sienten los grandes creadores... porque ni siquiera Borges era un grande, entendámonos, era un genio... pero no era Baudelaire, no era Tolstoi.

No sé cómo se sentían ellos, pero ciertamente gente como nosotros, justamente siente la gloria cuando se lee un gran libro que le abre la vida. Luego, también está contento si escribe un libro donde logra decir también algo importante... este es otro asunto.

CW:

Tú has dicho que el futuro de esta cultura de *fin de siècle* anunciaba nuestro exilio, nuestro invierno, nuestra condición de hombres que tienen la duda de tener un futuro, ¿no?

CM:

Sí, sí.

CW:

Este invierno, este exilio del hombre, tú escribiste este libro el año...

CM:

Pues... 84.

CW:

¿Cuál es tu reflexión ahora, hoy día, el año 2005 sobre el invierno, sobre el exilio del hombre contemporáneo?

CM:

No siento absolutamente ninguna nostalgia de pretendidas épocas mejores donde todo funcionaba bien.

Esto es completamente falso, por eso citaba antes a Marin. El interesarse en el pasado no es porque por ejemplo la historia de amor de mi abuela o de tu abuela haya sido más poética que la nuestra. Naturalmente que siendo la historia de una persona y viva y como una historia que podemos vivir nosotros. Ninguna ideología, nada de "happy old days" también porque yo creo que nosotros vivimos a escala mundial, un siglo de cosas espantosas, tremendas que están en mi libro "A Ciegas".

Pero hemos vivido increíbles progresos.

Pueblos, clases sociales, categorías humanas que han sido descubiertas por lo menos en la conciencia de sus derechos, por lo tanto ninguna... el tan criticado progreso técnico y tecnológico que pone problemas que obviamente no voy a negar, pero puede criticarse como cada producto de Iluminismo puede criticarse sólo en nombre del Iluminismo.

Está claro, como tengo suerte, soy un privilegiado, nunca, excepto mientras hacía el servicio militar he tenido que lavar ropa interior y camisas. A mí podría importarme un bledo la lavadora, pero creo que la lavadora ha representado un enorme progreso, porque para mí, hay personas que si querían leer libros o hacer otra cosa, de otra manera no habrían podido, digo esto, sin la más mínima nostalgia del pasado...

CW:

¿Ni siquiera una nostalgia del sentido de lo perdido, del sentido de la totalidad...?

CM:

Momento, momento, cierto... Cuando Marx habla de la civilización griega, se plantea un problema tremendo que no puede responder, porque entiende que aquella es verdaderamente la más gran imagen dada del mundo, en el sentido de la unidad del mundo, y allí existe la esclavitud, que naturalmente constituye un problema.

Y entonces, se las arregla diciendo que es la infancia de la humanidad... y etcétera.

Por lo tanto, es evidente que hay valores realizados históricamente. Yo no diría que en el pasado, en épocas situadas históricamente en el pasado de las cuales nosotros podemos tener, no digo nostalgia, sino el fuerte sentido de su valor.

Está claro, por ejemplo, que no es que a nosotros nos importe un bledo la decadencia de la civilización griega, tenemos el derecho de mirar hacia esta época admirable porque Sófocles, Esquilo, Platón, no son poca cosa...

La época en la que nace el cristianismo que es otra gran y formidable comprensión del mundo, no es que a uno le importa un bledo si este sentido del mundo desaparece, independientemente de su ser platónico, o cristiano o lo que se te ocurra.

Por lo tanto, cierto... la palabra nostalgia es equívoca porque puede dar una connotación de sentimentalismo elegíaco, de alguna manera, a algo que en cambio no es nunca objeto de sentimentalismo elegíaco sino de un juicio, un juicio que implica el

pensamiento y que implica el sentimiento. Hay algo que podría parecer quejumbroso, que no me gusta en esta nostalgia, pero...

CW:

La nostalgia de Hölderlin, por ejemplo.

CM:

Claro, esa es una nostalgia fuerte, una nostalgia de plenitud, claro que ésta se puede tener. Pero ese sentido de unidad de la vida es cuando Natacha baila... cuando Tolstoi nos cuenta el baile de Natacha. Es verdad que uno tiene, yo no diría nostalgia, la exigencia, uno tiene la exigencia de poder sentir la vida como la siente en ese momento Tolstoi.

Gracias al genio de Tolstoi, el que lee las páginas de Tolstoi se puede transportar, pero no porque haya estado allá en la Rusia zarista..., de eso hace dos siglos, ¿no?

La exigencia digamos, pero no sólo los valores sino que también los sentimientos fuertes que están siempre vinculados con los valores, tienen que ver con la exigencia, son justamente una exigencia de toda la persona, no son algo débil.

Volviendo a esto, yo creo que... ciertamente cuando escribí este libro, afirmé que la grandísima literatura del Occidente actual, había florecido alrededor del 1890, 80...

CW:

¿El gran estilo?

CM:

Esa literatura dio una imagen de nuestra historia, de la exigencia de nuestra historia, de la relación entre lo individual y la totalidad, de la tremenda contradicción que hay tan a menudo entre el progreso general de la humanidad y la dificultad creciente en la que el individuo se encuentra dentro de este progreso, que haya dado un cuadro de la complejidad del individuo, son los años en que Freud hace lo que hace... y que descubre que el individuo no es su majestad el "yo"; es un archipiélago... en todos los campos este increíble florecimiento...

Creo que fue una época que aún dice una palabra esencial en la representación de nuestro mundo y esto no es una novedad porque también en el Renacimiento la cultura, ahora cito al azar, hablo de Italia porque conozco... Ariosto, Macchiavelli... después Galileo... han dado un sentido del mundo que incluso 50 años después seguía siendo... no sólo válido en el sentido poético como es válida la más anónima canción de los indios Piaroa que es tan grande como Leopardi y nos llega... no sólo esto, sino que como imagen del mundo.

Yo no creo que la literatura, a *grosso modo*, entre los años 60 y 2000 haya dado al mundo occidental, occidental europeo, algo lejanamente comparable a lo que había sido en los decenios de Kafka, de Svevo, de Proust. Pero no hay nada de mal, no es una actitud... no es una crisis de los tiempos ¡por el amor de dios!

Porque yo no creo para nada... la cultura necesita su fisiología así como en la vida se necesita dormir, comer, hacer bromas, descansar, hacer el metabolismo.

¡Pobre de nosotros si saliera un libro de Kafka cada día, estaríamos sobrepasados, sería terrible, así como uno no puede enamorarse locamente cada día, nos querríamos suicidar!...

Yo creo que desde este punto de vista, sea aún una imagen muy fuerte, no sé si sirva esto para el continente latinoamericano... a menos que en los años más recientes no se haya dejado de lado lo que llamamos también la exigencia; a menos que todo lo que ha ocurrido después del ventarrón de la postmodernidad no haya dicho: "Estos son los problemas que no nos interesan", que no haya ocurrido una mutación tal que el horizonte sea completamente distinto, esto no lo sé, yo no lo creo.

Yo creo que *grosso modo* los problemas que ponía sobre el tapete esta grandísima literatura son todavía verdaderos problemas, que claramente no deben ser afrontados como los afrontan los grandes. No digo que es necesario ser como Musil o Kafka o Svevo, pero ésa es la gran abertura hecha en el muro del conocimiento real.

En mi opinión, estamos todavía entre los escombros y como todos los escombros han destruido casas pero también cárceles, han abierto posibilidades de libertad, pero han dejado gente bajo la lluvia –porque a lo mejor fuera de la cárcel llueve y creo que eso sucede aún–.

De hecho se continúa, por qué la gran filosofía hoy, es esencialmente una reflexión sobre esta literatura de la cual hablamos y no sobre aquélla.

CW:

Hay un tema muy interesante que he leído en "*El Danubio*" y también en "*El Anillo de Clarisse*", que es la relación entre la palabra, el lenguaje, la literatura y la realidad. Aquí por Hofmannsthal "Carta de Lord Chandos", es un problema interesantísimo. Hay un poeta chileno que se llama Enrique Lihn, que sabía que le quedaba un año de vida y escribió un libro que se llama "*Diario de Muerte*", y en sus primeros versos dice: "*nada tiene que ver la desesperación con la desesperación, las palabras que usamos para decir el mundo están viciadas, no hay nombres en la zona muda...*"
... es decir la palabra dolor no tiene ninguna relación con el dolor real...

CM:

Sí, comprendo.

CW:

La palabra sufrimiento, no hay palabras en la zona muda. ¿Cuál es tu reflexión sobre la relación entre la palabra y mundo, palabra y realidad, la posibilidad que la literatura pueda decir algo de nosotros? Está George Steiner que ha reflexionado mucho sobre este tema en el libro que se llama "*Presencias reales*".

CM:

Reales Presencias.

CW:

Es un tema que veo siempre en tus libros, esta reflexión, esta...

CM:

Sí, es una pregunta de cien millones, también porque traté de escribir ese tremendo libro...

CW:

“El Anillo de Clarisse”.

CM:

También aquí, yo creo que esta gran literatura de la época de la que hablábamos ha vivido con un radicalismo formidable este problema... dando algunas respuestas que en mi opinión no debemos tener como absolutas.

Entonces, ciertamente, existe el tema desde siempre de la insuficiencia de la palabra, porque, por infinitas razones, la palabra desarticula en el tiempo lo que es una experiencia inmediata, la linealidad temporal, la linealidad del significante como dicen los lingüistas. Es la palabra que es inadecuada respecto a la experiencia, porque está también el hecho de que la palabra... esto lo decía ya el viejo Hegel, decía: *“ninguna palabra puede decir esto”*... O sea: esta hoja, en este momento, esta luz, esta fecha de 26 de..., Octubre... Septiembre del 2005 en Santiago bajo esta luz.

La palabra decía Hegel, dice sólo un concepto universal: “esto” es solamente un pronombre demostrativo que como tal es un concepto. Entonces, ciertamente, es verdad porque que puede haber una palabra que no puede ser la misma para ti, porque “azul”, naturalmente, no es lo mismo para mí que para ti, porque las infinitas asociaciones nacen de todo esto... podríamos dar tantos otros ejemplos. Nosotros sentimos también la insuficiencia cada vez que hay algo indecible en la experiencia. Tomemos un caso extremo,—yo no conozco, lo leeré este Diario de Muerte—, el dolor físico, dejemos aparte el dolor de morir, el dolor físico, hay dolores físicos terribles, yo no los he experimentado, que creo que son verdaderamente indecibles. Creo ninguna palabra puede expresar aquello que se siente... pienso realmente que no... Cuando, por ejemplo, en Trieste Marsalli o Ercole Meani, que eran los dos jefes de la resistencia democrática, fueron torturados por los nazistas... que le ponían corriente entre el sexo y la boca, creo que ese es un dolor hiriente que ninguna palabra puede expresar, sólo puede informar, yo estoy informando ahora, pero creo que ni siquiera un gran poeta. Después de decir esto, creo que a pesar de todo cuando Leopardi dice; *“La lengua mortal no dice lo que sentía en el seno materno...”* dice exactamente esto, que la lengua mortal ni siquiera la suya...

CW:

Que bonito eso.

CM:

La lengua no logra expresar su amor por Silvia, de su canto, en realidad dice todo o casi todo, porque esa poesía ¡gracias a Dios! Dice tanto, tantísimo sobre Leopardi y Silvia; de manera que, en algunas ocasiones, sacar cuentas con este jaque mate de la palabra, con esta necesaria, no sé si necesaria, insuficiencia de la palabra, que después tiene infinitos pliegues psicológicos, sociales... es un tema enorme, pero si nosotros sacamos cuenta con esta insuficiencia logramos, creo, decir lo esencial y esto tiene que ver con algo que me resulta muy querido, es decir yo creo que tenemos siempre que sacar cuentas, aún cuando afirmamos algo, no podemos, nunca, pretender vivirla directamente como si fuéramos la presencia de Dios.

Toda experiencia nos llega, incluso la vivida como la más espontánea, nos llega mediada por infinitos aspectos, falsificada... y nosotros tenemos que saberlo, porque

nuestra verdadera autenticidad es pasar a través de todo este proceso y este es nuestro modo –relativo, insuficiente, pero verdadero– de ser auténtico...

Yo creo que no hay que quedarse con esta insuficiencia de la palabra... yo creo que Lihn con estos versos que tú nos leíste, en el fondo nos da a entender muy fuertemente qué piensa un poeta que, mientras esta por morir, se da cuenta que verdaderamente, tantas cosas que estaban en su corazón, en su mente.

Pero sabemos tanto y cuando digo tanto no estoy haciendo un compromiso cuantitativo... estoy diciendo que, en esta insuficiencia, esta la única verdadera totalidad humana que es aquella caducada, fragmentaria, insuficiente, no perfecta, mortal... ya el hecho de ser mortales... cambiante en la temporalidad...

Nosotros no tendremos jamás una especie de absoluto... justamente por el grandísimo interés que tengo por este tema, pero yo creo que esa literatura, comenzando por Hofmanshal, que muy joven escribe esta especie de Manifiesto del siglo XX, porque creo que es del 1901, si mal no recuerdo, la carta de Lord Chandos, en la que proclama la insuficiencia de la palabra, de la necesidad de un poeta de callar. El silencio como único resultado auténtico nos dice tantas cosas. Esta literatura ha dicho tanto sobre el mundo justamente porque ha hablado también de la dificultad de representarlo y de la imposibilidad de representarlo, digamos, radical y absolutamente.

CW:

Te quiero agradecer y decirte que todos tus libros, a pesar de estar escritos tan lejos de Chile, nos han golpeado en el corazón, en el pensamiento. El Danubio es un río que llega aquí, al Océano Pacífico. Gracias.

CM:

Gracias, es la más bella desembocadura que podría tener el Danubio. Muchas gracias.